



AÑO VI.—NUM. 261

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 10 de mayo de 1934



El bandido americano



"LA MALETA DEL TIO SEBASTIAN"



El tío Jorge tenía una maleta que había pertenecido ya a sus tatarabuelos, y la quería más que a los cuatro pelos que le quedaban en la calva. Cuando una buena mañana recibió una carta de su sobrino Veremundo, que le invitaba a pasar unos días con él en Madrid, el buen tío Jorge exhumó su maleta del desván, donde la guardaba, la limpió del polvo de los siglos, metió en ella dos docenas de huevos frescos, tres quesos, una ristra de chorizos y una bota de peleón, y se embarcó en el tren burra. Llegó a Madrid, y sin haberse perdido



queña garita, que parecía hecha a propósito para lo que quería. El tío Jorge no había visto nunca un ascensor, y en el ascensor dejó su maleta, pensando que allí estaba bien guardada. Cuando después de pisar ciento veinte escaleras llegó por fin al quinto piso, le dijeron que su sobrino había salido. Iba ya a comenzar a bajar, cuando vio que la portera salía de otra garita igual que la de la portera, y que junto a ella estaba su maleta. Nuestro hombre se deshizo en expresiones de agradecimiento; pero la portera, que no estaba aquel día



ganaban en la ciudad. A grandes zancadas volvió a subir hasta el quinto piso; pero, ¡oh maldición!, cuando él llegaba, la dichosa garita volvía a hundirse por el hueco de la escalera, llevando siempre dentro aquella tan apreciada maleta. ¡Vuelta a bajar escaleras abajo con la lengua fuera! Desde los últimos peldaños pudo ver que la portera abría ceremoniosamente la puerta de la garita a un señorón muy enopetado, y que al divisar en el interior la maleta, la cogía airadamente y la tiraba en medio del portal. El tío Jorge, ciego de cólera, cogió su maleta, y protestando a gritos y dicién-

nada más que tres veces, dió con el domicilio de su sobrino. Al entrar en el portal se encontró con la portera, gorda y bigotuda, a la que saludó, sombrero en mano, preguntándole por la familia. La respetable señora le enteró de que su sobrino vivía en el quinto piso, centro, y nuestro buen tío Jorge emprendió heroicamente la ascensión, escalera arriba. Pero al llegar al entresuelo, comprendió que su maleta pesaba demasiado, y bajó al portal para dejarla en algún rincón escondido y segura. Precisamente en el portal halló como una pe-



para gaitas, oprimió un botón, y el tío Jorge vió, espantado, que la mujer y la maleta se hundían dentro de su garita por el hueco de la escalera. De cuatro en cuatro comenzó a bajar los escalones, pidiendo socorro y gritando: "¡Eh, mi maleta! ¡Que se me lleven mi maleta!" Sudando la gota gorda y ronco de gritar, llegó al portal en el preciso momento en que pudo ver que un señor se metía en la misma garita, y llevándose la dichosa maleta dentro, subía de nuevo por el hueco de la escalera. El tío Jorge no se paró a pensarlo. A él no le en-



do que quería guardarla en aquella garita, abrió la cancela, y con toda decisión lanzó su equipaje... en el vacío, para ir a estrellarse en el fondo de los sótanos. El ascensor se detuvo entre dos pisos, se descompuso y hubo que llamar a los bomberos para sacar al señor, que había quedado aprisionado en él. El tío Jorge tuvo que pagar los vidrios rotos, y, maldiciendo de Madrid, de las porteras y de las garitas de sube y baja, se volvió a su pueblo, donde desheredó, de coraje, a su pobre sobrino Veremundo, que, como veis, no tuvo la menor culpa en aquella odisea.

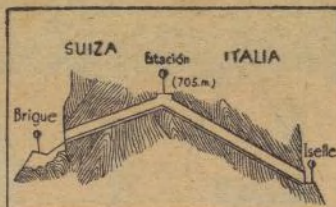
ROMPECABEZAS



LOS JUEVES SON LOS DIAS DE JEROMIN.—Por la mañana, comprad la revista; por la tarde, asistid a sus sesiones de "cine" en el Salón María Cristina; conectad, después,

vuestros aparatos de "radio" con Radio España, y así habréis pasado el jueves divertidísimos, esperando que llegue el próximo para repetir el mismo programa.

EN SERIO Y EN BROMA

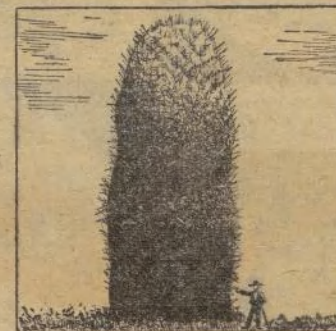


El túnel más largo del mundo es el del Simplón, que va de Suiza a Italia atravesando los Alpes. Mide 19.731 metros y está emplazado a 687 metros sobre el nivel del mar. Trabajaron en él 3.500 obreros. En la parte central del túnel el calor era tal que los obreros no podían trabajar más que cinco horas al día, y descansando un día cada tres. Su coste se calculó en ochenta millones de francos, o sea que cada metro costó 4.000 francos.



La señora.—¿Cuando llamo es para que se me conteste?
La doncella.—Muy bien, señora; pero cada cual tiene sus rarezas.

En América del Norte, México y California y en el Arizona crecen cactus gigantes. El ejemplar que reproduce nuestro grabado existe en el desierto del Arizona. Se le



considera como el más grande de su especie. Mide nueve metros de altura y pesa unas ocho toneladas. Se supone que tiene más de un siglo de edad, y los indios afirman que este vegetal existía ya y era tan grande como ahora cuando sus antepasados fueron a establecerse en América.



—¿Está usted loca? ¡Bañar al niño con el agua a 45 grados!
—¡Bah! Es muy pequeño y no entiende de temperaturas.

En una de las expediciones del "Albatross" por el océano Pacífico,



halló peces rarísimos, pero el más raro de ellos fué el "pez león", tan temible como espantoso de ver, y cuyas espinas contienen un vene-

no mortal. Solo se encontró un ejemplar de este pez, que reproducimos en nuestro grabado. Halló también otra especie llamada "pez ardilla" porque produce un sonido semejante al que hacen los mamíferos de donde el pez toma su nombre.



—Tiene usted que observar una dieta: Tome carnes blancas, pescados, caldos y verduras.
—Pero, ¿antes o después de las comidas?

Los relatos de la conquista del Perú hablan de cierta tribu india en la que era moda llevar la nariz partida de arriba abajo. En los do-



cumentos antiguos del Perú se habla de los "iscacincas", que en lengua quichua significa "dos narices". Además, algunos cacharos peruanos llevan esculpido en la panza un rostro humano en el que la nariz aparece completamente dividida, como el curioso jarro de barro negro que reproducimos y que se conserva en el museo etnográfico de Berlín.



—Tu hermanito parece que se aburre.
—No lo crea usted. Hace un momento se cayó la criada por la escalera y él se moría de risa.

A mediados del siglo pasado se extinguió en el mundo el ave acuática que reproduce el dibujo, llamada "pingüino gigante" o "gran manco", que habitaba en las re-

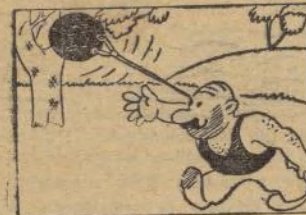


giones boreales de América. Cuando los naturalistas se apercibieron de esta extinción, muchos museos no habían podido procurarse ejemplares del animal extinguido, y por eso los últimos ejemplares se vendieron a precios enormes. El último esqueleto se vendió en 3.500 pesetas; la última piel en 3.900, y el último huevo nada menos que en 9.000 pesetas.

EL ATLETA



Robustiano se entrenaba para los juegos olímpicos de Navalcarnero. Robustiano era un verdadero atleta. Aquel día lanzaba el peso



con la misma agilidad que una ballena, cuando Periquito, un rapaz más malo que un divieso, le hizo la jugada que podéis ver en los dibujos, y que imposibilitó a



Robustiano para tomar parte en los juegos olímpicos. ¡Cosas del deporte! Y cosas de Periquito que tenía muy buenos golpes.

UNA BUENA LIMOSNA

Yendo un día por la calle el famoso escritor ruso Ivan Turgue-nieff, le salió al encuentro un anciano pordiosero. Los vestidos de aquel desgraciado se le caían a pedazos; sus ojos sanguinolentos, sus labios lívidos, sus carnes lle-



nas de llagas y cicatrices causaban lástima y horror a la vez. El mendigo pidió una limosna extendiendo la mano seca y sarmentosa. El escritor se registró los bolsillos..., pero había dejado olvidado en casa su portamonedas. Entre tanto, el pordiosero seguía esperando, con aquella mano seca y sarmentosa extendida en actitud suplicante. Confuso y apenado por no poder socorrer al necesitado, Ivan Turgeneff cogió entre las suyas aquella pobre mano temblorosa, y venciendo su repugnancia la estrechó afectuosamente.

—¡Perdóneme!—le dijo al buen viejo—; no llevo ni una sola moneda que darle! ¡Disculpeme!

El mendigo miró al escritor con sus ojos congestionados; sus labios se entreabrieron en una triste sonrisa; su fría mano se esforzó en estrechar la que se le había tendido, y exclamó con un hilo tenue de voz:

—¡Gracias, Señor! ¡Muchas gracias! ¡También esto es una buena limosna!

Y en los ojos del menesteroso

temblaron dos lágrimas de reconocimiento.

Cortesía exagerada.— La reina Isabel de Inglaterra recorría en viaje de visita algunas ciudades de su reino. Al acercarse a Coventry, le salió al encuentro el síndico de la ciudad con un numeroso séquito. En el camino tuvieron que atravesar un caudaloso torrente. El caballo del síndico, que sentía sed, se esforzó repetidas veces por acercarse a la corriente para beber, pero el jinete se lo impidió siempre. La reina, que había observado todas aquellas peripecias, le dijo:



—Por favor, señor síndico; ¡deje usted que beba su caballo!

Y el síndico, inclinándose con gran reverencia, respondió:

—Sería indigna arrogancia de mi caballo el pretender beber antes de que lo haya hecho la real Cabalgadura de Vuestra Majestad.

“No lo sé.”—Duval, el célebre bibliotecario del rey de Francia Francisco I, solía responder con frecuencia a muchas preguntas que se le hacían sobre materias científicas: “No lo sé”.

En una de las ocasiones, le replicó un desaprensivo: “Pues debíais saberlo, porque el rey os paga para que lo sepáis”.

A lo que respondió el erudito:

—El rey me paga por lo que en realidad sé. Si me hubiese de pa-



gar por todo lo que ignora, no le bastarían los tesoros del reino.

Integridad de un juez.— El emperador Vespasiano deseaba que uno de sus cortesanos favoritos ganase un pleito que debía sentenciarse al día siguiente en el foro, y para lograrlo mandó llamar a uno de los jueces de quien temía que fuese contrario a sus pretensiones. El juez se presentó al emperador, que le dijo:

—Mañana no irás al foro. —¿Por qué no debo ir al foro? —Porque yo no quiero que vayas. El juez entonces replicó:

—Está en tus poderes el despo-

searme de mi cargo de juez. Ante esta interpretación, el emperador añadió:

—Bueno; puedes asistir al juicio, pero no debes hablar en el proceso que mañana se verá.

—Si eso deseas, manda que no se pida mi parecer y callaré.

—Pero es preciso que te interroguen!

—En tal caso, hablaré.

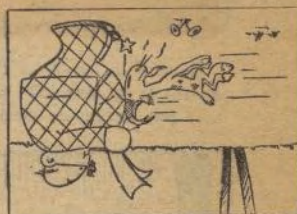
—Si lo haces, te mandaré al destierro.

—Iré adonde me enviéis; pero aunque me enviaseis a la muerte, no me impediríais cumplir los deberes que me impone mi conciencia.

INSENSIBILIDAD



Don Tripón era un peso fuerte, un verdadero peso fuerte. Cuando se ponía a leer el JEROMIN, se olvidaba hasta de la hora de comer, que era para él la hora



más interesante del día. La malvada cabra pintada, malvada como siempre, se dispuso a darle un disgusto a don Tripón; pero el malva-



do animalito, no había contado con la resistencia estomacal de don Tripón, y halló un justo castigo a su maldad.

Aventuras de Tarugo y Perdigon



Mamá Tecla había condimentado un excelente pastel de liebre melancólica por encargo de la señora de Trespeces, cuyo santo se celebraba aquel día. Pero Terre-Moto y Barba-Cana decidieron probar la confitura ante que la señora.



Mamá Tecla, convenientemente avisada del desaguisado, irrumpió en la estancia con ánimos poco pacifistas, y en tanto que los traga-pasteles huían apabullados, Tarugo y Perdigon se dedicaban a la tarea de chupar del bote.



Mamá Tecla se dió cuenta de la faena y arremetió contra los otros asaltantes, que como los primeros pusieron pies en polvorosa, mientras mamá Tecla se quedaba rumiando su rabia y maldiciendo de la familia glotona.



Pero Tarugo y Perdigon no renunciaban fácilmente al pastel, que les había emocionado más que un folletín, y se dispusieron a suplantar a la señora de Trespeces cuando fuera a posesionarse del apetitoso pastel de liebre.



Minutos después, la falsa señora de Trespeces era recibida afablemente por mamá Tecla, la cual entregó el codiciado pastel. Terre-Moto y Barba-Cana no habían renunciado a su presa y descubrieron la farsa de los pilluelos.



Terre-Moto abordó a la falsa señora en un recodo del camino, mientras Barba-Cana les seguía la pista dispuesto a intervenir en la cuestión cuando lo requiriesen las circunstancias, que no iban a tardar.



Y la tragedia, que ya se habían oído los pilluelos, estalló súbita. Así que llegaron a un sitio estratégico, Terre-Moto se abalanzó sobre los hermanos, y mientras Barba-Cana, el maldito, se apoyaba de la cesta...



El capitán comenzó a dar la propina a los supuestos conductores de mercancías, que renegaban de su suerte y chillaban abriendo una boca como para tragarse la cesta, el pastel y hasta el edificio de la Telefónica.



Mientras tales sucesos se desarrollaban, la verdadera, la auténtica señora de Trespeces llegaba a hacerse cargo de su pastel, ante el asombro de mamá Tecla, que no acertaba a darse cuenta de cómo la habían engañado.



Pero pronto tuvo una explicación clara y rotunda que le facilitaron Tarugo y Perdigon, deseosos de vengarse de los azotes y de que mamá Tecla les sobase el lomo a los infames y golosos traga-pasteles a traición.

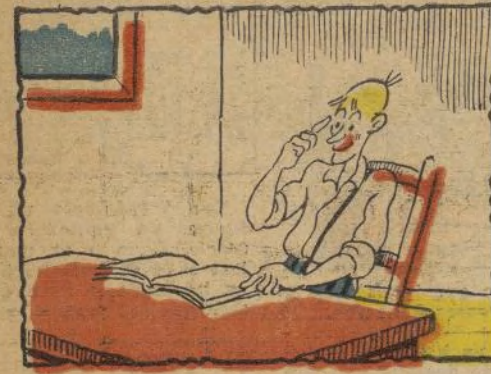


Y la tormenta se desencadenó con una violencia aterradora. Mamá Tecla saltó sobre los golosos igual que una pante-ra sobre un corderillo, y ciega de ira les hizo tragar pastel hasta por los tobillos y los codos.



Y cuando cayó la noche con sus sombras de misterio, otras dos sombras más—sombras en la noche—rondaban la casa de mamá Tecla y los pilluelos, en espera de asaltar la vivienda y vengarse fieramente. ¿Qué ocurriría?

Cascarilla



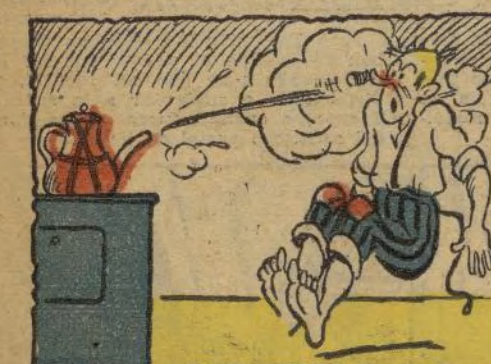
Cascarilla, en vista de que no se coloca, se ha dedicado a estudiar los grandes descubrimientos, con ánimo de dedicarse a inventar. En una



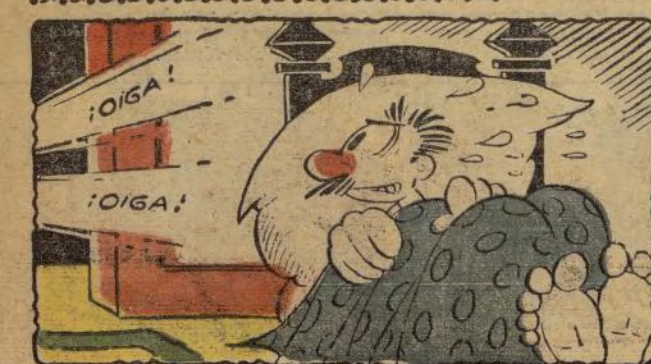
física leyó la manera de cómo se había descubierto la fuerza expansiva del vapor y decidió comprobarlo. Tampoco fuertemente una tetera



llena de agua, y esperó con ansia que ésta entrase en ebullición. Suspense el ánimo y más emocionado que con una película de "buenos" y



"¡malos!" esperó media hora, y de pronto, ¡zas! ¡pun! Cascarilla comprobó el descubrimiento con grave riesgo de sus narices.



Don Anacleto dormía apaciblemente, cuando fué despertado por los chillidos de Laura, que chillaba como si le pisasen la cola.

Y PRISIONEROS DEL MAR



Al entrar la chalupa en el mar todos dirigieron sus miradas a lo alto del acantilado. Un triple hurra y un cañonazo saludaron a aquellas tierras amadas, mientras en la punta del mástil se izaba el pabellón español. Algunas horas más tarde, la embarcación entraba en un canal de pocas millas de anchura, entre dos islas próximas, y siguió los contornos de una de ellas hasta que dobló un pronunciado cabo que ocultó a nuestros héroes para siempre la vista de la última punta de la isla, que jamás habrían de olvidar. La navegación duran



Enrique se había lanzado a las gaviotas y había trepado hasta la punta del mástil, desde donde se le oyó gritar alborozado: "¡Un buque!... Un buque a la vista." —La alegría que se produjo en la chalupa no es para describir. Aquello era la salvación definitiva de aquellos pobres niños naufragos y desamparados durante dos años interminables. Era el mundo del que habían vivido alejados, casi sin esperanzas de volver a él. Era la sociedad, eran sus familias y sus casas, y sus ilusiones, y su porvenir. Mientras se desarrollaban



ber templado sus fuerzas y su carácter en las más duras pruebas. Su salvación la debieron, es verdad, a una especial protección de la Providencia, pero en buena parte a su propio esfuerzo, a su trabajo, a su constancia, virtudes que Dios premió conservándolos a todos y devolviéndolos ahora a los suyos. No sería posible, ni tampoco necesario, ponderar la alegría de aquellas familias que desde hacía dos años lloraban a sus hijos por muertos, víctimas de las iras del mar, al verlos inopinadamente a todos vivos y sanos ante



te los días siguientes por los canales del archipiélago magallánico no ofreció incidentes desagradables. El tiempo fué todo lo bonancible que se pudo desear y las borrascas tampoco hubieran sido temibles en aquellos brazos de mar tan estrechos. Cinco días después, a impulsos de un viento favorable, entraban en el estrecho de Magallanes. A la derecha se elevaban altos picachos y a la izquierda se divisaban al fondo aquellos ventisqueros que Enrique había visto brillar desde la "bahía del desengaño" y desde las alturas a que se



las primeras escenas de regocijo, el buque se había acercado considerablemente y se hallaba ya a la vista, con un andar de unas dos millas por hora. De la chalupa partieron hurras, gritos y toda clase de señales para hacerse ver, y pronto pudieron verse a sus tripulantes de que habían sido vistos. Diez minutos después, la pequeña embarcación se hallaba al costado del "Seaman" "Esperanza", que llevaba rumbo a Panamá. Con la destreza e ilusión que es de suponer, saltaron todos a bordo del buque, y con ayuda de la tri



pus ojos, más hombres, más sanos, más fuertes y dichosos que nunca. Toda la ciudad acudió a dispensarles un recibimiento apoteósico y a premiar con aplausos y aclamaciones las esforzadas hazañas de aquellos pequeños grandes hombres. Pronto se divulgaron pormenores todos de su aventura, y fueron debidamente elogiada la prudencia de Alvaro, la abnegación de Enrique, la intrepidez de Alberto y la resignación de todos. Sobre todas las peripecias pasadas dió Alberto algunas conferencias públicas, que tuvieron un

CONCLUSIÓN



remontó en la cometa. La vida a bordo se deslizaba con toda regularidad. Los aires marinos fortalecían por días a Alberto. Un día después la chalupa entró en un puerto de pescadores que a la sazón estaba desierto, y en vista de ello, decidió Ramírez internarse más en el estrecho para llegar al establecimiento de Punta Arenas. Mas los acontecimientos se encauzaron de otra manera y la Providencia quiso abreviar los días de aquella navegación y las pruebas de aquellos pequeños héroes que tantas contrariedades habían resistido. En



pulacion de éste, transbordaron los objetos todos que consigo traían, dejando con pena abandonada a su suerte, a merced del líquido elemento, aquella chalupa que tan gran servicio les había prestado, sacándolos de la isla en que durante dos años habían sido prisioneros del mar. En pocos instantes el capitán del buque se puso al corriente de la identidad y aventuras de aquellos naufragos del "Centella", cuya pérdida conocía por haber sido muy sonada en toda América y en Europa. El capitán acogió a todos con suma de



tundo éxito por su extraordinario interés, y por su parte Ignacio dió a la publicidad las memorias que con tanto cuidado y constancia había redactado en la isla día por día, y que luego fueron traducidas a varios idiomas. También Margarita, Ramírez y Carrillo fueron objeto de incesantes y afectuosos plácemes y felicitaciones, así por las desgracias de que tan providencialmente se habían librado, como por los cuidados que habían prodigado a los niños naufragos y la parte que habían tenido en su salvación. Para premiar a Ra

Repollo



las primeras horas del día 14 de febrero, León, que iba de pie en la proa, gritó, señalando al horizonte: "¡Humo a estribor!" Y, efectivamente, todos vieron la columna de humo que en lontananza subía vertical a las alturas. "Acaso sea alguna hoguera encendida por pescadores en la costa próxima"—exclamó Alvaro—. "No—replicó el piloto Ramírez—mas bien parece el humo de algún buque, porque las tierras por ese lado están demasiado lejos para que puedan divisarse ningún fuego de pescadores." Mientras esto se hablaba,



ferencia y les prodigó toda clase de cuidados y atenciones, prometiéndoles llevarlos directamente al puerto del Callao y hacer escala en él, para entregarlos a sus familias. La travesía se hizo con toda felicidad y con suma rapidez. En los últimos días de febrero, a los dos años casi completos de aquel día fatal en que habían sido arrastrados fuera del puerto y lanzados a la inmensidad del mar fiero y alborotado, entraban aquellos mismos muchachos, sin que faltase uno solo, en el mismo puerto, sanos y salvos, después de ha



mirez se abrió una suscripción pública, con cuyo importe se le compró y regaló un barco mercante, del que se le hizo capitán y propietario a la vez. Carrillo, el bravo Carrillo, fué agregado al buque y confiado a Ramírez para que cuidase de él como si fuese un hijo y a su lado lo hiciera hombre. Y todos, ya felices, proclamaban que la Providencia divina no desampara a quien de su parte pone todo el esfuerzo requerido, y que con una y con otro el hombre puede triunfar en los trances difíciles de la vida.—FIN.

LA COTORRA SABIA



por la postura incómoda que tenía, saltó sobre Repollo así que se vió libre, y le puso la cara como un mapamundi con escalas.

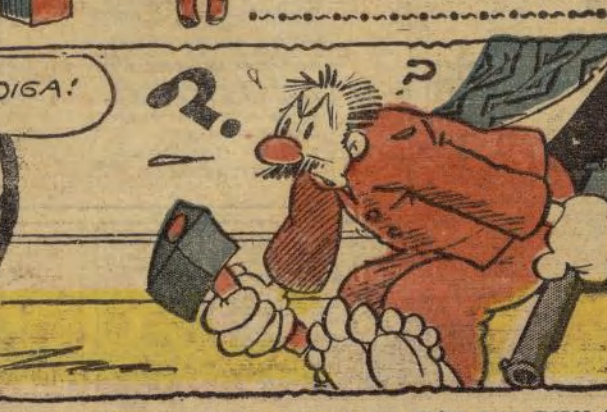


idea. Solitaria a Laura; sus gritos eran menos molestos que los de la telefonista; y hasta servirían para distraerlos y amenazarlos los chillidos femeninos.



Y dispuesto a terminar de una vez con el escándalo, don Anacleto se armó hasta los dientes, y salió preparado para la pelea.

Y su asombro fué mayúsculo, tremendo, definitivo; había calumniado a Laura infamemente. La de los gritos no era la cotorra, era la telefonista. Y entonces don Anacleto tuvo una



Y su asombro fué mayúsculo, tremendo, definitivo; había calumniado a Laura infamemente. La de los gritos no era la cotorra, era la telefonista. Y entonces don Anacleto tuvo una

EL DIAMANTE FALSO CUENTO

En cierto país vivía un modesto trabajador, que, a pesar de su laboriosidad y honradez, llevaba varios meses sin encontrar trabajo. Kamin, que así se llamaba nuestro hombre, cansado de solicitar empleo, llamó un día a la puerta de cierto rico propietario, que gozaba fama en muchas leguas a la redonda por su generosidad e inteligencia.

El potentado recibió afablemente a Kamin, y éste le expuso lo crítica de su situación; el propietario le dijo en tono cariñoso: "Quiero ayudarte, amigo mío; pues sé que eres honrado y hacendoso. Toma este diamante, guárdalo, y él te



dará la fortuna." Y así diciendo, entregó al maravilloso Kamin un diamante de gran tamaño. Antes de que Kamin pudiera darle las gracias, el rico propietario dijo así: "Pero has de tener muy en cuenta que este diamante no debes de venderlo jamás, a no ser en recurso extremo o en algún caso desesperado."

Marchó el buen Kamin dando mil gracias a su protector, y así que llegó a su casa expuso a su mujer todo cuanto le había ocurrido. Los esposos contemplaron absortos el tamaño del precioso diamante, admirando sus bellas luces y su limpia talla. Temiendo que pudieran robárselo, acordaron esconder cuidadosamente el diamante, y decidieron ocul-



tarlo en una de las paredes de la casa.

Kamin cogió un cincel y un martillo y comenzó con enorme entusiasmo y con grandes bríos a abrir un boquete en el muro. Pasaba a la sazón por aquellos lugares un reputado maestro de albañilería, y contemplando la energía de Kamin, se dirigió hacia él, diciéndole: "Veo, amigo mío, que poseéis unos bríos y un entusiasmo dignos del mayor encomio para el trabajo; me hace falta un hombre de confianza para trabajar en mis obras, y si queréis, mucho me alegraría el tomaros a mi servicio."

Al día siguiente inició Kamin su labor en el nuevo oficio, y poco a poco fué ascendiendo de categoría, de tal manera que jamás faltó en su casa el sustento, y poco a poco fué labrándose una fortuna y un tranquilo y desahogado bienestar.

Así las cosas, una mañana llamó a la puerta de Kamin un viajero, montado en un rocín, tan famélico y escuálido, que tendría envidia al propio Rocinante. El extraño viajero se dirigió a Kamin y piñaderamente imploró una limosna, pues se moría de hambre, ya que eran

muchos meses los que llevaba sin encontrar trabajo. "Voy a favoreceros—dijo Kamin—, y quiero entregaros un diamante que os ayudará a salir de la miseria. En parecidas circunstancias, cierto sabio e inteligente hombre, me lo entregó a mí; yo os lo doy de buen grado, y quiera Dios que os sirva como a mí me sirvió. Pero tened en cuenta que no habréis de venderlo sino en caso supremo y desesperado."

Mandó Kamin a su mujer que sacase el diamante, y se lo entregó al viajero. Este montó en el famélico caballo, y quiso su mala fortuna que, al poner el pie en el estribo, el diamante se le cayese al suelo, y al chocar con la tierra se hiciese mil pedazos. El menesteroso miró a Kamin con ojos, en los que se retrataba la duda, y habló en tono amargo: "Ya veo, señor, que habéis querido burlaros de un triste desvalido, que imploró vuestra misericordia. ¿Qué queréis que haga yo con este diamante? Bien sabéis que era falso, pues los diamantes



verdaderos no se rompen con tanta facilidad."

Al oír esto y comprobar que, efectivamente, era falso, comprendió Kamin el poder oculto del diamante, y abrazando al pordiosero, le dijo con la mayor afluencia: "Guarda el diamante, y aprende la lección que encierra en sí. Pensando que el diamante era verdadero, un hombre labró su fortuna; pensando yo lo mismo me hice rico. El creer que gracias al diamante tenía asegurada mi vida, hizo crecer mis fuerzas, mis energías y la confianza en mí mismo, y esta confianza y esta fe fué la que me hizo vivir y triunfar. Acepta tú, ¡oh, caminante amigo!, esta lección. Guarda el diamante



como si fuera verdadero, y que la seguridad de tener asegurada tu subsistencia te dé los ánimos que ahora te faltan.

Montó el viajero en su caballo, y agitando su sombrero se despidió agradecido y emocionado ante la saludable lección que acababa de recibir. Y es que la confianza en nosotros mismos es, queridos niños, el mayor estímulo y la mejor salvaguardia que podemos tener para guiar nuestros pasos en la vida.

Confiad siempre en vuestras propias fuerzas, no vaciléis ante los inconvenientes, no os dejéis ganar por las contrariedades, y tened en cuenta que la fortaleza del espíritu hace fuertes y sanos los cuerpos.

FIN

LOS TRES AVENTUREROS CONTINUACIÓN



CAPITULO XII En plena aventura

Diez minutos después, los aventureros habían perdido de vista el campamento de los bandidos del desierto, donde estuvieron a punto de dejar las vidas. El globo navegaba sin la más mínima oscilación, manteniendo la altura. En la barquilla habían encontrado los fugitivos provisiones en abundancia, dos magníficos rifles y un catalejo de marino. Co-



ría una suave brisa que impulsaba al globo hacia el interior. A mediodía, habían dejado atrás el desierto, y ante sus ojos desfilaba un panorama bien distinto; árboles gigantes, praderas fertilísimas en las que vislumbraban parejas de gamos. Era la selva africana que se extendía ante ellos en todo su esplendor.

A la caída de la tarde, el cariz del cielo cambió bruscamente, tomando un aspecto amenazador. Grandes nubes se formaron rápidamente, y gruesas gotas de



lluvia tormentosa empaparon a los tripulantes de la nave. De pronto estalló el trueno y deslumbró el rayo. La tormenta estallaba con furia salvaje. El globo, cogido en un remolino de aire caliente, comenzó a girar sobre sí mismo. Deslumbraban las exhalaciones y atronaban las descargas eléctricas. Los aventureros se habían percatado de lo crítico de su situación, aunque nada podían hacer contra la fuerza incontrastable de los elementos. La aeronave comenzó a descen-



der sensiblemente. De seguir de aquella manera, antes de cinco minutos, se estrellarían contra el suelo. Abajo, el huracán doblaba los árboles y estremecía las malezas. Multitud de animales se veían claramente cómo procuraban resguardarse de la tempestad.

Los aventureros comenzaron a tirar sacos de arena que en la barquilla llevaban, consiguiendo elevarse unos cuantos metros. Pero el globo era cada vez azotado con más violencia, y por su envoltura



desgarrada se escapaba el gas. No había más remedio que resignarse con su suerte. Polo tiró el último saco de lastre, y el globo ni se movió siquiera. Cogido por otra corriente de aire, desinflado casi, rotas las cuerdas de sustentación, el aerostato cayó fatalmente arrastrado y vino a estrellarse contra los árboles del bosque, en los que quedó enganchado por los cordajes rotos.

Los tres aventureros y Leal, que ha-



bían rodado en el interior de la barquilla, procuraron rehacerse. El golpe había sido amortiguado por las ramas, y, afortunadamente, no habían sufrido daño aparente en la caída. Pero lo terrible, lo espantoso, comenzaba ahora. ¿Qué iban a hacer perdidos en la selva africana, poblada de fieras, de salvajes, de encarnizados enemigos de los blancos?

(Continuará)



DON SIMPLÓN INSCRIBIÓ A SUS PERROS EN LA SECCIÓN DE PERROS CRUZADOS DE LA EXPOSICIÓN CANINA QUE SE LEBRA ANUALMENTE LA SOCIEDAD "EL HUESO". CUANDO EL JUEZ VIÓ A "FEOTE" FUE TAL SU ASOMBRO QUE SE DETUVO ANTE ÉL PARA EXAMINARLO. SÍGA AHORA LA HISTORIETA.



AMENIDADES



Unid los puntos del 1 al 17 y veréis qué es lo que tanto divierte a Teodorito.



¡Viva el rumbo, la gracia andaluza, er garbo y las jechuras gitánas! ¡Olé! Al que nos diga que esta pareja no se ha escapado del Real de la Feria sevillana, lo asesinamos. Este Manuel Ortiz, madrileño y de 9 años de edad, es un artista de padre y muy señor nuestro. A la vista está esa maravilla.



Con las letras iniciales de las cosas dibujadas en este grabado, formad un nombre de mujer.



Otra cosa muy seria, muy seria. Nuestros pequeños colaboradores se han empeñado en pasmarnos de admiración. Cuando diariamente abrimos el correo siempre tenemos que recurrir a las sales para recobrar el conocimiento que nos lo quitan estos prodigios de arte que nos remiten los jeroministas. Véase la muestra en estos dos retratos de Vives y Gracián, que nos envía el jerominista de 12 años Luis Cayuela.



Los barberos de la Nueva Guinea afeitan cogiendo uno por uno los pelos entre dos palitos y tirando con maña y fuerza. A veces, también aplican a la cara una goma especial que extraen de unos árboles, la dejan secar, y después arrancan todo: goma, barba, piel y a veces pedazos de carne. Una verdadera delicia, como se ve.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRO"

CAPITULO LI Perdidos en el islote

Los hombres se lanzaron a la caverna con riesgo de estrellarse. El marinero, suspendido por una ola que se arrojaba dentro del antro, con fragor infernal, se dejó llevar adelante, y fué a caer contra un cuerpo que no tenía consistencia, y que parecía acostado en el fondo de la caverna. Acordándose entonces del horri-



ble monstruo que les asaltó en la caverna de la isla, se puso en pie para huir; pero le con- tuvo un gemido. "Pero ¿es usted, señor Albani?—gritó emocionado—. "Ayúdame, Enrique—gimió el infeliz—, las olas me ahogan."

El marinero se precipitó buscándole a tientas, hasta que lo encontró; entonces lo cogió entre sus brazos robustos, apretándole contra su pecho; Marino iba en su ayuda. Esperaron a que la ola desalojara y salieron precipitadamente de la caverna, corriendo a lo largo de la costa para no verse arrojados contra los



escollos; al cabo se detuvieron, teniendo al señor Albani en el lugar menos expuesto al viento y la lluvia.

—¡Gracias, amigos!—balbuceó con voz débil—. "Díganos, señor—preguntó el marinero ansiosamente—, ¿está usted herido?" "¡Estoy lleno de contusiones; pero creo que no será cosa grave! ¡Me parece que tengo rotas las costillas; tan violento fué el golpe que me arrojé contra las peñas. Pero tranquilizaos—prosiguió, tratando de sonreír—. No tengo nada roto. ¿Y la chalupa?"

—Perdida, señor; pero dejémosla que el mar se la lleve donde quiera, y cuidémonos de usted. ¿Qué es lo que debemos de hacer? "Dejadme descansar únicamente; por ahora no ne-

cesito más." Entre los dos marineros lo con- lujeron cariñosamente al resguardo de una ro- ca, y allí lo acostaron.

El huracán rugió toda la noche sin perder de intensidad. El mar, fuertemente agitado por el ventarrón del Poniente, azotó sin descanso el escollo, mugiendo de un modo pavoroso, pe- netrando con violencia en las grietas, caver- nas y concavidades, conmoviendo masas enor- mes de granito de muchos quintales de peso, y lanzando sus espumas hasta la roca a que se habían recogido los tres naufragos.

La lluvia, que continuó batiendo la cima del islote, descendía por las cañadas en impetu- so torrente. Hacia el amanecer, las nubes acu- muladas se rasgaron a un golpe de viento del Norte, y la lluvia cesó casi en el acto. Poco después hizo el sol su aparición por entre un jirón de aquella masa de vapores, ahuyentan- do las tinieblas e iluminando el mar, todavía



tempestuoso. La isla de los Robinsones apare- ció hacia el Este, pero a una distancia tal, que los naufragos se miraron asustados.

—¿Pero tanto corrimos ayer?—preguntó el marinero sollozando al ver la distancia que los separaba—. Y luego, viendo que el señor Alba- ni intentaba el levantarse, corrió hacia él: "Es- tése quieto, señor; está usted herido, pues veo sangre en su rodilla." El bravo marino les tranquilizó. Luego, apoyándose en sus amigos, se levantó y miró hacia el Este. A una distan- cia de veinticinco o quizás de treinta millas, se divisaba la alta montaña de la isla.



—La cosa es grave, muy grave—dijo muy afectado—. Y nos será casi imposible el salir de este islote. Pero confiemos en Dios, y no nos demos aún por vencidos.

Fin del Capítulo LI



Copa Jeromin CAMPEONATO INFANTIL DE FUTBOL



Prosiguen celebrándose con creciente ani- mación estos interesantísimos partidos corres- pondientes al campeonato infantil de futbol "Copa de Jeromin". A medida que avanzan las eliminatorias aumenta el interés, y se van per- filando valores nuevos entre estos pequeños deportistas, futuros "ases" del deporte.

Los pequeños jugadores del "Asilo de Valle- hermoso", son eliminados por los de la "Edi- torial Ibérica", más fuertes y de más peso. Pero los chiquitines del Vallehermoso entusias- maron al público que llenaba el campo del Al- cántara, que ovacionó a los diminutos equipos que dieron un curso de buen juego.

El "Club Deportivo Estudiantil" se clasifi- cará, luego de un duro y competido partido de verdadero campeonato.

Publicamos para los amigos de archivar da- tos, el calendario de la primera y disputadísi- ma eliminatoria.

"Unión Católica"—"Júpiter F. C."

A las nueve, campo Alcántara.

"Sagrado Corazón"—"Colegio del Pilar",

A las diez, campo Alcántara.

"Deportivo Ronda"—"El Pilar".

A las tres, campo "Piscis".

"Carabanchel"—"Medalla Milagrosa".

A las once, campo Carabanchel.

Grupo C y D

"Infantes del Salvador"—"Pilar F. C."

"Athlétic Club Atocha"—"Salud y Cultura".

"Avance"—"Pasaje".

"Ancora"—"San Rafael".

"Velázquez"—"Hesperia".

"Vergara"—"Sporting d'Or".

"Deportivo Canal"—"Peña Dorada".

"Peña Campos"—"Club D. Español".

"Alcántara Deportiva"—"Ibérica F. C."

(Segunda eliminatoria; campo Alcántara, a las diez.)

Los Clubs pertenecientes a los grupos C y D son los que deben organizar los partidos, se- ñalando campo y hora, puestos de común acuerdo, y notificando éste al Comité organi- zador cuatro días antes de la celebración de la correspondiente eliminatoria.

PASATIEMPOS



El barco velero sale de pesca. Es un barco audaz, arriesgado, decen- tado; es también un barco ave- turero, porque se ha escapado al solito, y se ha marchado sin que patrón ni marinero lo gobierne. Pe- ro esto no tiene importancia; co- sas más difíciles suceden. Lo in- teresante es lo magníficamente que lo ha dibujado nuestro amigo to Manuel Gil, de 12 años de edad.



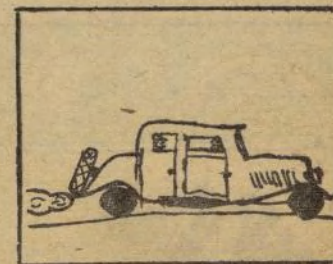
Asunción quiere ir a la playa para jugar con sus hermanitos Ja- vier y Juan; pero la nena no sabe qué camino tomar. ¿Por dónde tendrá que ir Asuncioncita para llegar hasta sus hermanitos?



Señores, y qué asombro de dibujo. Decididamente nos vamos a volver locos de admiración y de asombro. Esa cruz en segundo término, esa postura, esa actitud de la figura arrodillada son un prodigio de rea- lismo, y su autor L. Alegre, un ar- tista de rango y de fino y depurado estilo.

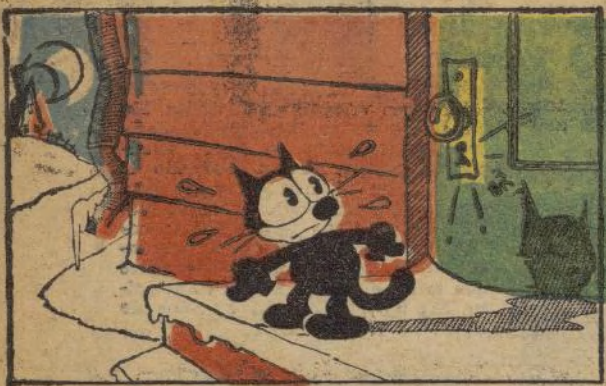


Amparito está regando las flo- res de su jardín. Ella cree que es- tá sola, pero escondidas están sus amigas Teo y Encarnita. ¿Dónde están escondidas las niñas?



Aunque haya algún escéptico que no lo crea, esto es un automóvil, y además un automóvil de postín, y una maravilla de dibujo, con sus faritos, sus ruedecitas negras y esa columna de humo que va echando por el tubo de escape. El món Canosa, de 7 añitos y de Bar- celona, se hace con este motivo acreedor a toda nuestra admira- ción y a toda nuestra simpatía.

ANDANZAS DEL GATO FELIX



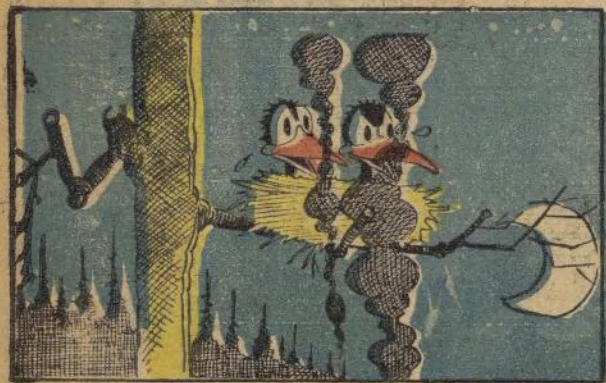
El tiempo había dado un brusco cambio, y aquella noche comenzó a nevar copiosamente. Como Félix no esperaba esto, se había quedado a dormir al sereno y se encontró en la calle, pues Bimbete ya había cerrado su puerta.



Tiritaba el pobre gatito dando diente con, dierte de forma lastimosa y amenazando con romperse un colmillo por la fuerza de los tiritones. Entonces se dirigió al bosque, recogiendo gran cantidad de leña seca.



Hizo lumbre en su elegante encendedor automático y pronto un alegre fuego caldeó al gatito, que respiró tranquilo y satisfecho, como si se hubiera librado de un peligro cierto. Gracias a Dios no se moriría de frío.



Pero en lo alto del pino bajo el cual Félix había encendido la lumbre, habitaban dos pajarracos, a los que comenzó a molestar la humareda, tanto como puede molestaros a vosotros un callo en el dedo meñique.



Y uno de los pajarracos, que, por cierto, era más feo que un insulto, salió de su casa y la emprendió con Félix a picotazos, eligiendo la punta del rabo del gatito, que pugnaba por librarse de aquel coleo inesperado.



Por fin pudo escapar de las garras de aquel pajarraco, que no cabía duda de que era un cotilla, por lo largo que tenía el pico, y cuando se hubo convencido de que el pajarraco había desaparecido, el gatito...



...se dirigió a ver si por casualidad habían abierto ya en casa de Bimbete; pero fué en vano, todo seguía errado. Junto a la cochera distinguió los patines de Bimbete y entonces tuvo una idea definitiva.



Y fué esta la de marcharse al lago a patinar con objeto de entrar en reacción gracias al ejercicio. Y de esta manera se dispuso a pasar la noche patinando, divirtiéndose y evitando el helarse de frío.



Pero a los cinco minutos de entrenamiento sobrevino un contratiempo inesperado. Félix dió de pronto un patinazo y entró en barrena sobre el santo hielo, haciéndose migas la retaguardia a consecuencia de aquello.



En principio no dió importancia a aquel primer accidente, pero, al cabo de medio minuto, volvió a realizar otro aterrizaje forzoso, que le hizo proferir en una serie de dolorosas y sentidas exclamaciones.



Y como los trastazos menudeasen, el gatito comprobó que, efectivamente, iba a entrar en calor, pero con riesgo de perder sus siete vidas en el entrenamiento, que iba resultando una verdadera paliza.



Pero no había nada que consiguiera interrumpir las ideas de Félix; minutos después había conseguido el medio de continuar su tarea sin miedo a los aterrizajes dolorosos. Decididamente, ¡Félix era un gran gato!